

Mundos secretos

Relatos de ciencia ficción

César Herrera

loqueleg

Hay otros mundos, pero están en este.

Hay otras vidas, pero están en ti.

(Paul Eluard)

La noche de los gatos

Son ellos, están cayendo desde el espacio. Vienen como diminutas partículas, casi invisibles; al entrar a la atmósfera y cruzar el umbral entre la tierra y el cielo cobran vida, reaccionan al sentir el aire, como bebés que recién están naciendo. Al cruzar ese tiempo interminable que separa a las galaxias, se forman con solo una célula, son como los humanos y otros seres vivos.

Doña Mandrágora lo ha dicho, lo ha contado durante varias estaciones, y nosotras que hemos estado expectantes ya los hemos visto. En este inmenso jardín ha caído uno de ellos, diminuto, apenas perceptible, con un aroma similar al polvo que desprenden las estrellas. Nosotras no corremos ningún peligro, al menos no inmediato, ha dicho don Helecho gigante que ha tratado de aplastarlo, pero ese pequeño soez ha burlado el ataque.

Es apenas del tamaño de una gota de rocío; sin embargo, por dentro contiene toda la información que viene de más allá de las estrellas y los planetas, una distancia que parece incalculable, *porque nosotras somos la brisa que se mueve por esta casa y el jardín, todo lo que las plantas cuentan lo escuchamos, lo sabemos, lo vemos y debemos contarlo.*

10 El pequeño ser logró llegar hasta una de las ventanillas del sótano. Desde allí se lanzó al vacío y cayó sobre los viejos trastos, se escondió entre ellos por varios días, como si hubiese desaparecido entre las telarañas, no hizo ni un solo movimiento, nada. Quiso hacernos creer que dejó de existir, pero sabíamos que no era así, el ínfimo ser se preparaba para atacar, también lo sabíamos, conforme pasaban las horas dilatando el silencio, en cualquier momento lo haría.

En la casa todo transcurría con naturalidad, nadie siquiera sospechaba que pronto ocurriría algo fuera de lo común. La madre y el padre continuaban con sus tareas cotidianas, la niña Cristina salía todos los días a jugar en el jardín con una de sus amiguitas, jugaban en el pórtico y también en la casa de muñecas.

Yo recorría esos ambientes y pasaba cerca, jugueteaba un poco con sus cabellos (porque eso nos gusta hacer), para que nos sientan; ellas sonríen y juegan también con nosotras: dan vueltas, saltan, ríen y después nos ven alejarnos.

En lo que íbamos hacia la cocina y entrábamos por la ventana abierta vimos a la madre entretenida cocinando algo. Ella también solía sonreír cuando movíamos suavemente las hojas de los jazmines que están sobre la cornisa de la ventana que desprendían un aroma inconfundible.

11

Le dábamos la bienvenida al padre cuando llegaba de trabajar y bajaba de ese viejo vehículo que suele manejar para llegar hasta el pueblo. Él también nos siente, y respira aliviado al sentirnos, pues sabe que está en su hogar.

Y finalmente está él, quien más disfruta de nuestra presencia y a quien también apreciamos, porque es libre como nosotras. Si no está en el tejado contemplando la redonda luna, se encuentra escondido en alguna caja del sótano, o duerme en alguna de las ventanas casi colgando como contorsionista.

—Tomás, baja de allí —suele decirle Cristina

cuando lo ve sobre alguna rama de los árboles. Pero él hace caso omiso.

Duerme allí arriba mientras nosotras damos vueltas lentamente sobre las hojas de las ramas y danzamos al mismo compás que nuestro hermano mayor el viento.

12 El diminuto ser se ha movido entre los rincones, y cuando acordamos logró su cometido: que se lo coman. Un pequeño roedor pasaba cerca y sin darle tiempo se lo tragó en un santiamén, como si se tratara de un insecto. Y luego desapareció por uno de los huecos de la pared del sótano. Allí abajo tiene su pequeña casa, hecha de hojas de papel viejo y picado, lana y otros cachivaches que acarrea a diario.

Esperamos ansiosas durante horas; cuando el pequeño ratón despertó y empezó a convulsionar, se levantó y luego volvió a caer, se dio de golpes contra la pared una y otra vez, nosotras pasamos a toda prisa por entre medio de él, para tratar de detenerlo, pero no nos sintió, seguía en aquella especie de trance.

Al anoecer, cuando abrió sus pequeños ojos, estos lucían rojos, como dos pequeñas brasas de fuego, y miraban fijamente el techo, pero no se

movía. Recién al amanecer se levantó y nos dimos cuenta de que era él quien estaba dirigiendo aquel cuerpo, se movía a través del ratón. Doña Mandrágora dijo que estos seres eran como si fuesen parásitos que devoraban el cerebro de los animales y se posesionaban al mando.

Lo observamos mientras se movía sin miedo alguno buscando la salida del sótano, inmediatamente supimos las intenciones de ese ser que cayó del espacio; todas las historias que habían contado en el jardín eran ciertas, se estaban cumpliendo las profecías. Nosotras dimos varias vueltas por la casa para ver dónde se encontraba Tomás, y él estaba acostado en el pórtico durmiendo.

Doña Mandrágora siempre había tenido razón, nosotras no podíamos hacer nada; ella, que habitaba en lo más recóndito del jardín húmedo, dijo resuelta:

—Ellos tendrán que hacer algo, solo ellos.

El pequeño roedor se paseó con descaro por la parte delantera del jardín, donde solamente había pasto y podía ser visto desde la casa y desde donde estaba Tomás; dimos varias vueltas cerca de él, pero este ni siquiera se percató de nosotras. Fue inevi-

table el instinto de Tomás, abrió los ojos inmediatamente y lo vio allí a escasos cuatro o cinco metros. Nosotras nos paralizamos por un momento al ver lo que estaba ocurriendo. Los ojos amarillos de Tomás se abrieron de sorpresa y se quedó estático por un instante viendo a su presa, luego levantó su ágil cuerpo y caminó lentamente hasta acercarse al roedor.

Este lo miraba fijamente sin moverse; nosotras, que podemos escuchar todas las voces imperceptibles para los humanos, escuchamos que una vocecilla susurraba desde su interior:

—Acércate, no tengas miedo —le decía.

Entonces pensamos que también podríamos advertirle a Tomás, y así lo hicimos de inmediato. Intentamos comunicarnos con el lenguaje gatuno, pero fallamos. Tomás parecía hipnotizado por ese pequeño roedor, ni siquiera se percató de que estábamos a su lado. Pasaron minutos interminables mientras los dos se miraban desafiantes, sin pestañear. El roedor todavía se atrevió a más, se acercó cada vez más al gato. Cuando nos dimos cuenta, desde la ventana estaban mirando la niña y la madre, esta abrió la ventana y gritó:

—¡Tomás, no te vas a comer ese ratón!

Sin embargo, Tomás ni siquiera la escuchó, permanecía inmóvil sin saber nada de lo que sucedía a su alrededor; solo observaba fijamente los ojos del roedor que por momentos se tornaban más rojos y se clavaban en las pupilas amarillas del gato. Aquella situación parecía eterna, ambas miradas fijadas una en la otra.

15

La niña animó a su madre a que salieran por el pórtico, mientras que Tomás había desistido de su instinto de devorarlo, levantó su pequeño y peludo rostro y el ratón lo increpó oliéndolo de muy cerca. El gato no reaccionó, había algo que le previno. Para cuando la madre y Cristina salieron al pórtico Tomás había trepado al tejado y se recostó sin dejar de observar a su adversario, este volvió al sótano, de regreso a su escondrijo.

Todavía nadie estaba a salvo en nuestra casa; eso lo sabíamos, por eso estuvimos atentas a cualquier movimiento que hacía aquel pequeño ser.

Esa misma noche salió de entre las telarañas y se dirigió al jardín, lo vimos cruzar apresurado hacia la barda de la casa vecina. Doña Mandrágora advirtió que no deberíamos dejarlo salir, pero nadie

pudo impedírselo. Algunas enredaderas intentaron liarlo entre sus tallos, pero el astuto se deslizó sin ser atrapado, pasó cada obstáculo que intentamos ponerle. Trepó rápidamente la barda, caminó por el tejado y pasó a la siguiente casa.

16

Desde allí lo vimos, la luz azul de la luna nos mostraba su pequeña y apresurada figura. Entonces vimos que tras una de las chimeneas aparecía la sombra atigrada de un gato anaranjado; distinguimos el brillo de su mirada felina, y su pequeña y rugosa lengua pasearse por su hocico. Quisimos pasar pero no pudimos, nos lo impidieron las brisas de la otra casa; ya no era nuestro territorio, ellas eran las dueñas de ese ambiente. Tratamos de explicarles, pero no nos creyeron. Cuando volteamos a ver al tejado vimos que el felino, de una sola bocanada, se tragó al ratón. Ya no había nada por hacer.

Desde lejos vimos la figura del gato acostado sobre el tejado, la luz de la luna cubría su figura como si fuese una manta de estrellas. Dormía por horas, y nosotras apenas si podíamos separarnos de allí; no queríamos perdernos nada de lo que pudiese pasar.

Antes del alba el gato despertó, lo vimos como si estuviese tratando de regurgitar algo, se contorsionó una y otra vez, pero nada botó. Se volvió a quedar tendido largo rato, hasta que de pronto se movió. Se incorporó y distinguimos sus ojos rojos, que brillaron como el último fulgor del amanecer. Bajó del tejado a la parte trasera de su jardín y se escondió entre los matorrales, ya no lo pudimos ver más. Pero sabíamos por doña Mandrágora que esa alimaña solamente podía vivir por poco tiempo dentro de otro organismo.

17

Tomás estaba intranquilo al igual que nosotras, iba de un lado a otro, entraba y salía de la casa; nosotras subíamos por los árboles y pasamos entre los tejados. No volvimos a ver al gato de al lado.

A media tarde tocaron el timbre de la casa y la madre abrió la puerta de entrada. Allí estaba Carolina, la amiga que venía a jugar todas las tardes con Cristina.

Tomás se encrespó y maulló una y otra vez al ver al gato anaranjado que acompañaba a la niña.

—Tomás, no seas mal educado —replicó Cristina.

—Compórtate —dijo la mamá.

El gato vecino ni siquiera se inmutó ante la retadora mirada de Tomás; continuó apacible, sin mover un solo pelo. Sus ojos, sus grandes ojos redondos mostraban un mundo, parecían una esfera, un portal, eso veíamos nosotras y también lo veía Tomás. Pasaron hasta el pórtico del jardín a jugar en la casa de las muñecas, como siempre. Carolina llevaba entre sus brazos a su gato. La madre de la niña había encerrado a Tomás en la habitación de Cristina para que no molestara a las niñas, este se quedó allí impaciente mientras nosotras rondábamos por el pórtico, sin dejar de observar un solo momento al forajido. Las niñas continuaron jugando por largo rato hasta el anochecer, la mamá les llevó el té con algunas galletas.

El gato se mantenía a los pies de Carolina, mirando a Cristina inexpresivamente, no se movía.

—Creo que le sucede algo a tu gato —dijo Cristina.

—¿Rufus?... no; siempre es así —contestó ella.

—Pues lo noto algo extraño, no ha dejado de mirarme —argumentó la niña.

—Está conociéndote, solo debe ser eso —dijo Carolina.

—¿Es muy serio no? —preguntó Cristina.

—Últimamente sí, parece que se está haciendo mayor, ya no juega como antes —contó la niña.

—Papá dice que los gatos ven cosas que nosotros no vemos —dijo Cristina.

—¿Como qué? —preguntó curiosa Carolina.

—Gente que ya murió, o espíritus —contestó.

—Bueno, Rufus no creo que vea a nadie, es muy perezoso hasta para eso.

—Pues Tomás anda a la pesca de todo —dijo la niña.

Continuaron jugando un rato más hasta que se dieron cuenta que ya era la hora indicada para marcharse. En lo que Carolina estaba por tomar entre sus brazos a Rufus este la mordió fieramente en el brazo; la niña gritó, nosotras nos movimos rápidamente y abrimos la ventana de donde saltó Tomás.

Rufus, luego de morder a Carolina se quedó increpando a Cristina con sus ojos rojos de cólera, y se abalanzó sobre ella para morderla de igual modo.

—¡Mamá! —gritó la niña.

En ese momento apareció Tomás y en un santiamén se lanzó sobre el gato y los dos se enzarzaron en una pelea descomunal. Nosotras sabíamos que

ese no era Rufus, o no lo era del todo. La madre apareció con un balde de agua que se los echó separándolos. Rufus salió corriendo hacia la barda y se perdió en el tejado.

Ambas niñas lloraban del susto, la madre las consoló:

20 —¿Pero qué le pasó a ese gato? —preguntó confundida la madre.

Ya había anochecido, Tomás estaba tendido en el jardín largo rato lamiendo su pelaje. No quedaron rastros de Rufus. La madre puso agua oxigenada y algunas vendas sobre la herida de la niña y luego la acompañó hasta su casa.

El televisor esa noche anunció una lluvia de estrellas que podría ser vista en todo el lado sur del continente; la madre y el padre no le dieron mucha importancia, pero Tomás se quedó mirando fijamente la pantalla largo rato, como si hubiese comprendido aquella noticia. Doña Mandrágora decía que sí podían hacerlo, no por nada ellos eran los guardianes invisibles de las casas, igual que nosotras, *solo que nosotras estamos hechas para que no nos vean.*

La media noche se oscureció más de lo habitual,